



■ El Paseo de Recoletos fue un año más el escaparate de los libreros de antiguo y ocasión, que recibieron a medio millón de visitantes.

■ «La Feria es un rito repetido en busca del saber y del arte acumulados durante siglos y lleno de significados culturales» (Juan Barranco, alcalde de Madrid, en el acto de inauguración).

SE inició la comida en el subsuelo de un renombrado restaurante de la calle Cervantes con más de media hora de retraso. Madrid era una enorme masa semiparalizada y caótica, un atasco, por aquello de las huelgas por las justas reivindicaciones laborales. Llegaron todos: *Fernando Lázaro Carreter*, tímido y rechoncho, de verbo preciso; *Ricardo Gullón*, leonés y octogenario, crítico literario, flamante premio Asturias de las Letras; *Inocencio Palomino*, socarrón y ocurrente, rememorando anécdotas; *Eduardo Sotillos*, la cultura gubernamental, rodeado de varios de sus peones (*Vicente Verdú* y *Miguel Rubio*, entre otros), asaltado por algún periodista trepa, que el señor *Sotillos* tiene ahora programa televisivo ¡y siempre poder!; *Luis Bardón*, eterno ausente de certámenes y ferias de libro antiguo; *Guillermo Blázquez*, serio y eficaz; *Jaime Abad*, atento y práctico; *Pepe Berchi*, en el oficio de maestro ceremonial... En la nómina aproximada de cien personas tampoco faltaron los representantes de entidades bancarias. Era el acto de presentación de la XIII Feria del Libro Antiguo y de Ocasión.

En tan alargada estancia, los camareros sirvieron el menú anual de costumbre, mientras los fotógrafos «inmortalizaban» los rostros de los asistentes al acto. En los postres, el sonido metálico de una cucharilla golpeando el cristal de una copa llamaba la atención para la salida (entrada) a las intervenciones. *José Fernández Berchi* hizo las presentaciones de rigor y en un lapsus olvidó citar a *Inocencio Palomino*, personaje de la

...de la fiesta de los bibliófilos

historia de la encuadernación española. Don *Inocencio* no estaba por la labor y sin reparos dejó escuchar su voz: «¿Y yo, no soy nadie?». Fue el inicio de su intervención, varias veces aplaudida y jaleada, con un rosario de anécdotas y la clasificación de los libreros de viejo en dos categorías: arcángeles y serafines. Tampoco se olvidó de citarse como rescatador de libros de suma importancia que estaban en Europa y creador de bellezas inmortales en su taller.

Intervino después *Ricardo Gullón*, que recordó su amor por los libros en sus orígenes: «*El librero Isidro Gómez me proporcionó, siendo adolescente, "La hermosura de Angélica", de Lope de Vega. De ese libro me viene mi amor al libro. La Feria de Recoletos es un hito en el desarrollo cultural de la capital española*». *Lázaro Carreter* estuvo muy parco en palabras. Se disculpó por su timidez y por su poca capacidad de improvisación, porque desconocía que tendría que hablar en el acto, e hizo rogativas para que no llegara la lluvia a Recoletos, al menos en el día de la lectura del pregón (un extracto se ofrece en estas páginas), que se inicia con un canto a la soleada primavera.

Andrés Trapiello recordaba en un re-

ciente artículo, publicado en «*Abc*», que *Antonio Machado* quemó en *Toledo* unas rimas inéditas y autógrafas de *Bécquer*, regalo de una señora de Soria por su boda. *Machado* no consideró las rimas dignas del genio romántico. *Trapiello* defiende el derecho de *Machado* a la quema del original de *Bécquer*. Hace pocas fechas, *Augusto Roa Bastos* ha quemado su propio original de la novela «*El fiscal*», obra en la que trabajó durante diez años.

MADRID VIEJO

El desatino de la quema de libros y manuscritos no es algo nuevo. Se refleja en *El Quijote* y lo reflejó *Ricardo Sepúlveda* en el libro facsímil ahora publicado por la Comisión Organizadora de la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de Madrid. La edición hubiera resultado magistral de haber sido impresa en un papel adecuado, de mejor calidad porque la elección de la obra es un notable acierto. En el libro de *Sepúlveda* la quema de libros se observa con disgusto. El autor escribe: «*Un hecho extraño, repugnante, que nada tiene que ver con el espíritu de la Institución piadosa de Santo Domingo el Real, se consuma*».